

Valladolid a través de los sentidos

por Celso Almuiña Fernández
(Universidad de Valladolid)

Desde hace tiempo pienso que para penetrar en el conocimiento «totalizador» de una ciudad, como ser vivo que es, la vía intelectual —a través de la razón— es la mejor forma para la disección de esa realidad histórica cambiante; sin embargo, desde un ambicioso afán por abarcar toda la compleja realidad (la vida, en una palabra), el razonamiento se nos queda frío y distante. Hay, pues, que tratar de completarlo recurriendo a otras vías de «conocimiento»: los sentidos, la percepción.

Acercarnos a ese pasado de «la» Valladolid (ciudad es femenino), poniendo en juego todos los recursos para —si ello es posible— tratar de recrear esa realidad de cómo cada una de las generaciones de nuestros antepasados la ha vivido; mejor, cómo lo ha percibido a través de la vista, oído, gusto, olfato y tacto. Lo cual supone nada menos que tratar de reconstruir —y luego tratar de transmitir— lo que nuestros antepasados han visto, lo qué han oído como runruneo de fondo, qué sabores y gustos eran sus preferidos, qué han olido y qué sensaciones experimentaron (frío/calor, dolor/placer, etc.) en cada momento y por cada generación.

Programa extremadamente ambicioso, aunque no se comparta un sensualismo a ultranza (las sensaciones como origen de todo nuestro conocimiento); pero sí partiendo de la convicción que si queremos acercarnos al hombre histórico-global debemos completar nuestros conocimientos generales con esas «impresiones» que formaron la realidad más vívida e inmediata de cada una de las generaciones que nos han precedido.

Abocetemos, a modo de apunte y primicia, sólo algunas pinceladas acerca de esas «Valladolides» que vivieron, oyeron, gustaron, olieron y tactaron nuestros pasadas generaciones.

1. EL CALEIDOSCOPIO VALLISOLETANO

En el caso de la vista, el primero de nuestros sentidos, el tema no deja de tener interés. La imagen tiene un gran poder de atracción y hasta de expresión. Vivimos en un mundo dominado por la imagen. Ahí están todos nuestros poderosos medios audio-visuales. Difícilmente nos imaginamos hoy el mundo sin esta presencia omnipresente de la imagen manufacturada. Al menos para la más joven generación esto no puede ser concebido de otra manera. Estamos asistiendo a una auténtica revolución en/de este sentido.

La vista tradicionalmente no ha desempeñado un papel tan importante en la vida de nuestros ancestros. Donde existe bosque no es la vista el sentido principal, sino que tiene que ceder la primacía al oído. Aún sin compartir aquellas exageraciones —más hijas del deseo, que de la realidad histórica documentada— de la ardilla que podía recorrer España del Cantábrico al Mediterráneo sin tocar suelo, simplemente

saltando de árbol en árbol, lo cierto es que por estas zonas de entre-rios (valles), los bosques, al menos un numeroso arbolado, sí debió existir.

Con este bosque de fondo, aunque no se tratase precisamente de especies norteñas del intenso verde clorofilado, el contraste con toda la gama de colores de Castilla (en otoño especialmente), tenía que obtenerse un caleidoscopio variadísimo y fuertemente contrastado. Colorido destellante muy acorde con los gustos de sus contempladores primitivistas.

Con el comienzo de la Modernidad, el descubrimiento del vidrio y la posibilidad de incorporarlo para mejorar y prolongar la visión supuso un auténtico hito revolucionario para este sentido. Sobre todo por lo que se refiere a la vida intelectual. Es especialmente en edades más bien avanzadas cuando el «humanista», con un determinado grado de madurez intelectual, necesita prolongar lo más posible el período activo de lecturas. Y esta posibilidad la viene a permitir el humilde y sencillo cristal convenientemente adaptado.

El segundo, y complementario, hito revolucionario en este sentido se produce hacia finales del siglo XIX cuando se inaugura la luz eléctrica (en Valladolid en la noche del 22/23 de octubre de 1887). Es el momento en que se vence a la noche. El Sol como dictador que imponía inexorablemente las desiguales jornadas laborales y los ritmos de descanso acaba por ser arrinconado de un «bombillazo» gracias al nuevo invento. Muchas cosas cambian tanto en lo material como en lo cultural-intelectual y costumbres a partir de este momento.

Tal vez uno de los sentidos que no necesita demasiado comentario. Demasiada letra impresa. Donde hay una imagen, dice el aforismo, vale más que mil palabras. Exageración a todas luces, como puede ser la reflexión, etc.

Las «imágenes» que disponemos de ese pasado vallisoletano son más bien próximas en el tiempo, escasas y en muchos casos de dudosa fiabilidad y expresividad. Hasta la segunda mitad del XIX no se conoce la fotografía (Ricardo González lo ha demostrado: *Luces de un siglo*). Pero ello incluso no quiere decir que de esta época dispongamos de fotografías suficientes en cantidad y calidad como para poder ver cómo eran los vallisoletanos y su marco arquitectónico-urbanístico en ese período. Sin embargo, para el siglo XX sí disponemos ya de las suficientes imágenes visuales como para que podamos contemplar (ver) esa vida diaria con más o menos realismo. Ultimamente se han publicado, en este sentido, varios libros con esta finalidad (Grupo Pinciano). Ello me libera de entrar en más comentarios, puesto que allí la intención y el resultado se pueden apreciar y contrastar.

Hasta donde la «cámara oscura» (fotografía) no ha sido capaz de retrotraerse, sí la mano del artista. El resultado son algunas ilustraciones dispersas, grabados, etc. que nos acercan visualmente a cómo era Valladolid a partir de comienzos de la Modernidad (momento del que poseemos los primeros grabados). Como también los grabados principales y su comentario ya están al alcance de cualquier persona-preocupado por este tema, no merece la pena que me detenga más en este aspecto, puesto que de lo que se trata aquí es de hacer un apunte, señalar una dirección, más que recorrer dicho camino.

Lo que sí parece que podemos afirmar con carácter global es que realmente cuando comienza a cambiar la fisonomía de Valladolid es a partir de mediados de la pasada centuria (desamortizaciones, urbanización, industrialización, etc.). El marco urbano hasta ese momento no había cambiado demasiado desde los comienzos de aquel núcleo ansuriano. Es verdad que cada época va añadiendo edificios de estilo y gustos particulares: al románico se suman algunos edificios góticos interesantes,

renacimiento, herrerianismo, etc. Así cada época aporta su pequeña o gran piedra labrada. La fisonomía va cambiando, pero lentamente. También otros aspectos de la vida urbana, desde el trazado de nuevas calles, adecentamiento, ajardinamientos (XVIII), etc.

Es imposible «ver» a cada una de nuestras pasadas generaciones en el medio de cada día y en el extraordinario de las grandes ocasiones; si no somos capaces de poder acercarnos a esa visión, al menos sí podemos ofrecer una panorámica general de cada uno de los distintos momentos en la evolución de nuestra ciudad.

Muchas otras cosas se podrían decir de la vista y de lo que los «asombrados» vallisoletanos tuvieron que ver a lo largo de tantas generaciones y avatares. Dejemos aquí la «lectura» referente a este sentido y pasemos a contemplar todos esos grabados y fotografías que podamos.

La conservación y si se puede la publicación de «colecciones» o simplemente de fotografías sueltas añejas serían una buena forma de contribuir al conocimiento-acercamiento a ese pasado que nos ha precedido.

2. DE LA VOZ DE LA NATURALEZA AL RUNRUNEO METALICO-DECIBELICO

Nuestra ruidosa ciudad, tan contaminada por miles de toneladas de estridentes hierros en movimiento, cuando no golpeándose con frenesí unos contra otros; los ensordecedores disco-bar, pubs, etc., y demás hermanos gemelos de atronadoras competiciones. Para qué seguir. Desde la aparición de la máquina de vapor, motor de explosión y altas frecuencias, etc., la verdad es que la civilización contemporánea está montada sobre el ruido. En este sentido es una civilización chillona, casi escandalosa a diferencia del recoletismo del pasado.

En Valladolid, este fenómeno parte de la década de los años sesenta o tal vez poco antes. Hoy constituye una «contaminación» que atenta no sólo contra la calidad de vida, sino que incluso tantos decibelios sueltos parece que está dejando a nuestros jóvenes discotequeros semisordos y tal vez la «civilización del ruido» atrofié totalmente al oído humano. Confiemos en que antes se corregirá tal contaminación. Sin embargo, no hay que estar tan seguros.

Este sentido, el oído humano, por lo que sabemos, ha desempeñado papeles bien distintos a lo largo de la historia de la humanidad, desde aquellos pueblos primitivos, especialmente en comarcas boscosas, toda vez que la vista se «veía» limitada por los árboles y frondosidades al alcance de la nariz. Era el oído el sentido definitivo para «oír» el peligro y/o acechar al enemigo y la caza. Un oído superdesarrollado tienen los animales que aún viven o están cercanos a ese primigenio hábitat.

En este valle (terrazas fluviales) del Pisuerga-Duero-Esgueva con bastante humedad, lo boscoso tenía que ser abundante. Por otro lado, la abundancia de caza también, al venir a abreviar los animales. Nuestros más remotos antecesores a buen seguro que desarrollaron un fino oído, no sólo capaz de oír mucho (lejos), sino más bien de distinguir y matizar sonidos concretos. Estos vallisoletanos oían a la Naturaleza, por otra parte, no siempre idílica y acogedora; pero ésa ya es otra cuestión.

Del Medievo, destacaría ese monótono y regular toque de campanas. Ellas marcan el ritmo del día (y parte de la noche) y de sus quehaceres. Monotonía, sí; pero al mismo tiempo un lenguaje bien diferenciado en cuanto a la procedencia: Santa María, San Martín, Antigua, etc. Cada una tiene su peculiar contraseña: misa, ange-

lus, rosario, etc. Y no hablemos de los acontecimientos extraordinarios: arrebatos, difuntos, procesiones y un largo etcétera. Sin las campanas el vallisoletano se encontraría totalmente perdido; algo así como un fanático de la televisión que se encuentra con el aparato estropeado.

De esta forma el que tiene el control de las campanas, tiene en sus manos el ritmo y la normalidad/anormalidad de la ciudad. Esto lo comprenderán perfectamente los franceses cuando ocupen la ciudad a comienzos del siglo XIX.

En una ciudad tan «silenciosa» y rítmica, los animales (caballos, asnos, ovejas, gallinas, etc.) ponen la nota natural y extemporánea. Por lo que sabemos, las riñas y salidas de tono también parecen frecuentes. Mención especial hay que hacer de los «griteríos especiales», aunque de signo bien contrario, que se desencadenan con motivo de entradas triunfales y no digamos en casos de frecuentísimas batallas y batallistas.

En resumen, la campana (la letanía), el animal, el grito extemporáneo y un tanto «primitivo», como respuesta a circunstancias bien diversas, compondrían la «música» de fondo de nuestros ancestros medievales.

Entiendo, que durante la Modernidad la «sinfonía» de fondo no varía demasiado. Tal vez se multiplican las voces de las campanas y el bullicio callejero va en aumento al ritmo de la demografía y sobre todo la actividad (ruidos de ciertas ocupaciones artesanales). El trajín de los cocheros y sus frecuentes riñas y palos comienzan a poner una nota de «modernidad» en el panorama sonoro de la ciudad.

La Contemporaneidad en Valladolid, en este «sentido», tarda en hacerse presente. A partir de los años sesenta del pasado siglo con la llegada del ferrocarril y sus estridencias las cosas cambian ciertamente. Otra serie de máquina de vapor comienza a «animar» el panorama y a romper la monotonía secular. El «progreso» acaba de hacer acto de presencia. Desde este momento hasta hace unas décadas, o sea, durante un largo siglo (desde mediados del pasado a mediados del presente) «oímos» la transición sonora. La ruptura del mundo tradicional y el preaviso o antesala de lo que se nos ha venido encima.

Muchos ruidos, pues, y con ellos la funcionalidad del oído han variado a lo largo de las generaciones que de vallisoletanos han habitado en este viejo solar abierto a la naturaleza.

3. DE LOS GUSTOS «CASEROS» A LA INTERNACIONALIZACION DE LOS SABORES

A través del gusto percibimos los sabores. La comida y bebida parecen, pues, los dos parámetros básicos para conocer los gustos de nuestros antepasados. Desde mediados del siglo pasado con la revolución de los transportes y luego con la del frío (frigoríficos) y demás técnicas de conservación de alimentos, cada vez más se consumen los mismos productos en puntos bien distintos (costa/interior) y casi independientemente de las estaciones. Estas han sido semi-burladas con técnicas diversas. Por todo ello, si hemos ganado en cuanto a «caprichos» culinarios, hemos perdido por lo que se refiere a los «auténticos» sabores naturales y caseros. Se ha producido, y se está produciendo, un verdadero cambio en cuanto al gusto se refiere: dietas más equilibradas y plurales frente a las desequilibradas a base de «pan y vino» con algo de olla cuando era posible. Aún a comienzos de siglo, según lo ponen de manifiesto escritores noventayochistas, tenían vigencia en estas tierras:

«Almuerzo: cuando le dan.
Comida: cebolla y pan;
y a la noche, si no hay olla,
vuelta al pan y a la cebolla».

Harturas sí hay algunas, pero para los que se las podían permitir y cuando se las podían pagar. Como muestra de buena boca y mejor estómago podemos citar a un vallisoletano de adopción, Felipe III, del cual escribe Pinheiro da Veiga: «El domingo comió la reina en público (...) La reina debía ir harta, porque comió poco; y así ella como el rey, dicen que son de buena boca, porque almuerza el rey un tazón de leche, como quien tiene buena voluntad, come como cualquier hijo de vecino, merienda como rey y cena como papa».

Al rey de los cereales (trigo) debemos mucho. Es el principal sustento del vallisoletano desde tiempo inmemorial. El principal vínculo nutricional que le une, y del cual depende estrechamente, con esta tierra de su entorno más inmediato. En estas tierras de «panllevar» los panes alcanzan gran perfección y variedad; sin embargo, tradicionalmente no parece que se pensase tanto en diversificar sabores y presentaciones. Levaduras naturales y preparación casera daban a este alimento básico un papel de primer orden dentro de la vida familiar y no sólo desde el punto de vista exclusivamente de la nutrición. Toda una batalla el procurarse la harina cotidiana y todo un rito el poder llevarlo a la mesa.

El vino es el segundo producto en importancia, aunque estoy convencido que se ha exagerado bastante su consumo. Consumo que respondía más a limitaciones que a apetencias. La variedad de vinos de estas tierras parece ser ya tradicional. Al menos esa famosa trilogía provincial: tinto de Duero, clarete (rosado) de los páramos norteños (Cigales y alrededores) y blancos de las terrazas del sur (Tierra de Medina). Las tabernas suelen abundar y el comercio del vino uno de los primeros ramos que vemos florecer.

En esta trilogía alimenticia, después del pan y el vino, la olla: el cocido. Aparte del sabor, una de las claves ocultas de su éxito residen en su gran valor y amplitud nutritiva, especialmente por lo que a los garbanzos se refiere. Si a éstos se les añade un poco de carne —como mandan los cánones, que pueden ser cumplidos— el valor calórico es completo. La combinación de pequeñas matizaciones y añadidos son conocidas desde antiguo. Luego vendrán variantes de gran personalidad —como puede ser la «olla podrida»— pero se trata de «variaciones» (sabrosas ciertamente) sobre el mismo tema. Este núcleo básico de nuestra alimentación parece no haber experimentado grandes cambios con el paso del tiempo, en todo caso «añadidos» y abundancias significativas. Como todavía es posible (buscando el lugar apropiado) saborear este auténtico plato-combinado (nombre prostituido en fechas recientes) no voy a insistir más en ello. Además, por respeto a los jugos gástricos del lector.

En lo que sí se han producido variaciones importantes es por lo que a la caza se refiere. El hombre primitivo es casi exclusivamente cazador. Poco a poco la recolección de frutos y su cultivo irán desplazando su primigenia alimentación. La caza de pelo es la primera que va cediendo terreno, mientras que la volatería conserva cierta presencia hasta fechas recientes. Amén de convertirse la caza en actividad deportiva.

Las cada vez más escasas proteínas que proceden de la caza se tratan de sustituir a base de animales domésticos, desde las gallinas al cerdo. La matanza del cerdo, que se ha convertido en todo un rito, es desde tiempo inmemorial la base fundamen-

tal y casi única de aporte de proteínas a la dieta familiar. Del cerdo se aprovecha todo y causa admiración cómo han existido culturas que han prescindido drásticamente de este animal. Pero ahí está a su lado el cordero. Tierra de trashumancias, de grandes rebaños y más bien pequeños atillos, la verdad es que la oveja desempeña entre nosotros un papel de primerísimo orden. Acérquense, sino, a uno de los múltiples hornos y pida un asado de lechazo.

Y ya casi tenemos que pasar a los postres. No es precisamente esta tierra de frutas. El clima no es propicio. Pero sí de magníficos quesos. Por eso decía que la oveja juega en esta cultura culinaria un papel de primer orden. Su conocimiento y utilización aparece ya en las culturas más antiguas. Las diferencias culinarias entre los grupos sociales hay que situarlas más en el terreno de las cantidades que en la diversificación y/o mistificaciones.

Con los datos que disponemos podemos ofrecer a modo de ejemplo, tres momentos bastante distantes en el tiempo (siglo XVI, XVII y finales del XIX) acerca del tipo de alimentación de algunos vallisoletanos.

Para el siglo XVI, Bennisar nos ofrece el siguiente cuadro:

«(...) si se tiene en cuenta los granos, los productos de carnicería, el pescado, el aceite y el vino, cada uno de los 40.000 habitantes de Valladolid (cifra máxima) dispondría como media de 1.580 calorías más o menos. Hay que repetir, insistimos, que se trata de un mínimo. Y la chacinería, las aves, los huevos, los quesos (los del valle de Esgueva o de Tierra de Campos), la miel, producida en la localidad en cantidad notable, el azúcar y las confituras, las verduras y las legumbres, las frutas (...) eran productos que podrían garantizar a cada individuo algunos centenares más de calorías diarias (...). La población vallisoletana se benefició de una alimentación rica en calorías. Pero, ¿y el equilibrio del régimen alimenticio? Da la impresión de que había una cierta carencia de lípidos y un ligero exceso de proteínas, puesto que el consumo de carne, pescado, huevos, legumbres y cereales era la base. La proposición de glúcidos era satisfactoria, parece ser. En cambio el consumo de aceite de oliva, al no haber producción local, era relativamente débil, y el de las grasas animales, limitado. Además, el régimen alimenticio de la Castilla actual se caracteriza todavía por un exceso de proteínas. (...)

En definitiva, era esto un régimen alimenticio, sin duda, imperfecto, pero muy correcto para la época.»

Durante los años de estancia de la Corte en Valladolid (comienzos del XVII) se celebraron aquí opíparas comidas (fiesta del Corpus). Se dio de comer a unos setecientos comensales, presididos por el almirante de Castilla. El servicio ordinario era de 260 platos de cocina grandes, con 24 cosas diferentes, entrando los «antes» (los principios que se sirven antes de la comida) y postres, a saber, 4 ó 6 de antes y otros tantos de sobrecomida, y dos servicios, que es comida perfecta, por dos veces. Hubo comida y cena.

«La comida, los antes y postres. Antes: guindas, limas dulces, almendras y pasas, orejones y natillas; todo repartido por 48 platos grandes. Los criados traían dos platos, en uno: olla de vaca, carnero y gallina, en el otro palominos. Luego, ternera asada y otra hojaldrada; pavo y pasteles. A continuación, gallinas y arroz con leche y carnero asado, vaca cocida y torta. En los pos-

tres: cajas de mermelada, aceitunas, acitrón, confites, obleas, grajeas, medios quesos y cerezas.

La cena. Antes: ensalada, alcaparras, rábanos y espárragos; primer servicio: pasteles y ternera frita con huevos, pernil y pichones, pato albardado y olla; segundo: perdiz, capones rellenos, otra olla y pierna de carnero, jigote, cabrito, ternera y cabezuela; postres: peras cubiertas y rábanos, suplicaciones (barquillos), y aceitunas, otras peras y medios quesos». (Pinheiro da Veiga).

Hacia finales del XIX, dos médicos vallisoletanos conocedores del tema (Salvino Sierra y Eugenio Muñoz) describen así la situación alimenticia de los vallisoletanos:

«Los productos alimenticios en su mayor parte del país, con excepción de las carnes que se cosumen con escasez en relación al número de habitantes, son en general de buena calidad. Sin embargo la sofisticación ha hecho grandes progresos; el precio resulta algo elevado, efecto de los grandes derechos de consumo que gravan sobre algunos alimentos principales; no obstante puede decirse que Valladolid comparada con otras poblaciones, reúne condiciones bastante regulares en cuanto a medios de alimentación en sus distintas capas sociales. La falta de alimentación animal en muchos obreros de escaso jornal produce enfermedades del aparato linfático, y predispone más que en otras clases a la tuberculosis y afecciones asténicas».

Y continúan más adelante, al referirse a las medidas que deben ser tomadas para mejorar la salud de los vallisoletanos: «(...) los alimentos sofisticados son una de las causas poderosas de debilidad orgánica y degeneración de la especie; sus efectos aunque en la mayor parte de los casos no matan rápidamente, son más peligrosos por destruir de una manera lenta y fatal la resistencia física, pasando casi siempre inadvertidos».

Para este siglo, especialmente por lo que se refiere a los años de hierro (1940—50), Angel Allue ha escrito páginas trágicas y sumamente expresivas. A él remito. Merece la pena su lectura meditada.

4. DE AQUELLOS «OLORES» SURGIERON ESTOS «PERFUMES»

El olfato, junto al oído, es un sentido básico para asegurarse la supervivencia: oler peligros, detectar la caza, reconocer al propio entorno tribal y hasta a la familia propia. Cada persona despide efluvios específicos. Emanación que es como su carta de identidad más personal. Algo así como las huellas dactilares como elemento de identificación en ésta nuestra sociedad de anónimas multitudes.

Estas señas de identidad en nuestra época se han difuminado, con tendencia a la uniformización. Casi todos olemos igual y sólo cuando uno sale de su entorno y cruza «fronteras» es cuando nos damos cuenta que los «otros» huelen distinto. Y mucho más si no están dentro de la red de multinacionales del sector. Las colonias, perfumes, jabones, etc., tienden a que todos olemos exactamente igual; es decir, a dicha marca. Parece como si todos nos hubiéramos convertido en una especie de viajeros anónimos —y gratuitos— de determinadas marcas de productos de perfumería y cosmética. Hemos perdido nuestras personales señas de identidad o al menos las señas de la tribu respectiva.

El uso diario del baño/ducha es muy reciente, de comienzos de este siglo. Y no hace falta apurar mucho las cosas, puesto que realmente cuando se comienza a generalizar es después de la guerra civil (y aún bastante más tarde). Muy reciente, pues. La generación de nuestros mayores aún puede tener pues en la pituitaria de su memoria aquellos olores tradicionales.

Valladolid ha sido una ciudad (hasta mediados del XIX) de «fuerte» personalidad en este sentido. La Esgueva, la causante. Casi desde que tenemos documentos escritos hallamos referencias a este río, sus desbordamientos invernales y sus pútridos olores estivales. Su falta de caudal en el estío y servir de abrevadero para animales (con las consiguientes defecaciones), desagüe y cloaca está todo dicho. Los tres (¿dos?) hermosos brazos que cruzan la ciudad la «inunda» de desagradables perfumes a la vez que activo centro de distribución de todo tipo de enfermedades contagiosas. Todos los extranjeros que nos han dejado testimonios acerca de Valladolid indefectiblemente, más bien antes que después, terminan por hablar de lo mal que huele la ciudad (junto al polvo). La Esgueva está, pues, muy presente en la pituitaria de nuestros ancestros.

Pero no es sólo el olor del río. Animales domésticos: cerdos, gallinas, ganado caballar, ovejas, etc., contribuyen a darle a Valladolid una personalidad muy definida.

Sin embargo, en este segundo aspecto sólo nosotros, con nuestra pituitaria «urbanizada» (acostumbrada a olores artificiales), percibimos esos olores como algo desagradable. El campo aún se daba la mano con la ciudad. De eso se trata, las diferencias de olores que nosotros actualmente establecemos entre campo/ciudad no la tienen nuestros antepasados, porque unos y otros animales forman parte de su entorno cotidiano.

Pese a los frecuentes aires que barren estas tierras, y gracias a ellos, la Valladolid tradicional no es precisamente una ciudad que huele bien. No era, en ese sentido, ciertamente un «campo de rosas», pese a lo que algún exaltado predicador (Padre Tiedra, momentos de la Corte en Valladolid) lanzase a los cuatro vientos que Valladolid era el paraíso terrenal; el rey (Felipe III), Dios Padre, que con su providencia le gobierna y fertiliza; el Pisuerga, Ganges; el Esgueva —lleno de inmundicias— Eúfrates; los lodos, margaritas; el polvo, polvillos (polvillos olorosos, que se ponían en los guantes), etc.

Muchas otras cosas se podría decir de los olores peculiares de personas, grupos, barrios, etc. Vaya esto como botón oloroso.

5. EL AFILADO FRIO DE LA MESETA

El sentido del *tacto* es mucho más complejo de lo que normalmente se suele creer. A través de él percibimos sensaciones de orden bien distinto, desde las térmicas (calor/frío), dolorosas, presiones, etc. Por tanto, tendríamos que referirnos a muchas cosas a la vez. Simplifiquemos.

De las *sensaciones térmicas* ya he escrito en alguna otra ocasión. El juego de frío/calor en estas tierras es muy acusado. Y así ha sido siempre, salvo las conocidas fluctuaciones climáticas. Sin medios para defenderse tanto del frío como del calor el vallisoletano del pasado ha tenido que experimentar sobre este sentido una gran agresividad. ¡Qué fríos ha pasado! Y también no pocos calores, aunque algo más llevaderos —sobre todo para los que podían estar bajo una buena sombra— porque

era la época de la recolección y por tanto existía cierta compensación individual y colectiva.

Los calores son bien conocidos («tres meses de infierno y nueve de invierno», reza el refrán popular). Las variaciones climáticas deben ser tenidas en cuenta, según períodos que aún no podemos fijar con certeza. Lo que sí conocemos son algunos períodos realmente calurosos y secos. Así, desde el verano de 1865 a 1868 apenas cayó una gota y era tan grande la ola de calor que los segadores —pese a estar curtidos— se desmayan con frecuencia e incluso tenemos noticias de algunos que mueren asfixiados. Se llega a tal extremo que el gobernador civil de Valladolid se ve en la obligación de prohibir durante las horas centrales del día las labores de la recolección.

En cuanto a los inviernos, tenemos muchas noticias acerca de cómo se hielan las aguas del Pisuerga y se convierten en sólidas pistas de patinaje. Especial predilección por este deporte sienten los alumnos-seminaristas de los Colegios Inglés y Escocés de la ciudad.

En cuanto a ese viento invernal, cual afilada cuchilla, es descrito por Macías Picavea de forma magistral:

«La llanura [Tierra de Campos] se extendía monótona, desnuda, terrosa, bajo un cielo no menos indefinido y escueto. No se podía decir si punzaba más en la piel frío del ambiente, o en el alma la desnudez de todas las lejanías: planicies que daban ganas de pensar en un astro desalquilado (...).

Se avecinaba el crepúsculo decembrino de una de esas tardes invernales tan características de la alta meseta castellana. El cierzo, el maldito cierzo nordeste, azote de esa tierra desdichada, barría la planicie en un sople helado. El largo impulso que su vuelo traía desde los yermos polares proyectábase en roce duro y gemebundo contra las ondulaciones de la llanura, silbando y retorciéndose entre los pelados surcos de la barbechera y los marchitos escobajos del rastrojo.

Nada tan frío y pálido como el desmayado fulgor que dejaba caer sobre la llanura el cielo inmenso, vacío, cárdeno de aquel siniestro crepúsculo. El sol acababa de ocultarse bajo la raya misma del horizonte y la luz se había convertido súbito en penumbra. El espacio límpido mostraba no sé qué duro brillo con reflejos metálicos y oscuros: algo así como la mortecina lumbre de una hoguera apagada entre la ceniza helada y gris. La aridez espantosa del aire, cuasi congelado, se delataba en todos estos accidentes... Helaba a más y mejor.»

Magnífica y vívida descripción la de Ricardo Macías: «la aridez espantosa del aire» y para remate: «helaba a más y mejor».

El actual abad de la Trapa aún recuerda que, cuando él llegó al monasterio palentino, tenía que tocar maitines a las tres de la madrugada y «se me reventaban las manos de sabañones».

En nuestros días, Miguel Delibes se confiesa «más friolero que un gato agostizo» y para quien «el frío, este frío afilado, intenso, de la meseta, es el compendio de todas las mortificaciones».

En esta nuestra época climatizada, y artificial, todos tenemos algo de «gatos agostizos». El mejor abrigo, mejor alimentación y habitáculo perfectamente ajustados y climatizados nos convierten a todos en plantas de invernadero incapaces de aguantar aquellos fríos de antaño.

Es verdad que la «gloria» —nombre expresivo—, calefacción subsolar de origen romano, se conoce desde antiguo y aprovecha el combustible propio de estas tierras

(la paja). Sistema barato y en buena medida efectivo siempre y cuando no se convirtiese en prisionero «voluntario» (a la fuerza) de dicha habitación.

Este frío ha sido en buena parte culpable de la deforestación actual. Para muestra la invasión napoleónica. La tropa arrasaba todo lo que pudiese arder, fuesen árboles o venerables y artísticas maderas.

La electricidad, que llega aquí a finales del XIX, tardará bastante en sustituir al carbón. La verdad es que la electricidad como sistema de calefacción para toda la vivienda sólo minoritariamente ha sido utilizada. De hecho el gasóleo toma la antorcha del carbón como sistema colectivo.

Nuestra dependencia de la energía es total. Ya nos hemos convertido en seres de invernadero: ¿Qué pasaría si realmente se llegase a cortar/desaparecer de golpe las actuales fuentes energéticas? ¿Seríamos capaces de volver a los orígenes?

El *dolor* es compañero inseparable de nuestros antepasados. No sólo porque carezcan de medicamentos para curar las enfermedades y analgésicos para mitigar los rigores del dolor, sino también porque están llenos de alifaces por, diríamos hoy, falta de «prevención e higiene en el trabajo». Los continuos choques armados (guerras y enfrentamientos localizados) y la deficiente alimentación hacen el resto. Para los nostálgicos y embellecedores del pasado, pese a la medicina naturista y alimentos sanos, sólo hay que recordarles que aún en el siglo XVI —cuando las condiciones de vida ya han mejorado un tanto— el índice medio de la vida está en torno a los 30 años. Otro buen indicador sería el demográfico: España en ese momento a buen seguro que no sobrepasa los ocho millones de habitantes.

Con este panorama de fondo es comprensible que los hospitales jugasen un papel importantísimo en la vida de las ciudades. En buena medida la pujanza de una ciudad se conocía por el número y calidad de sus hospitales.

Algunos cuadros que poseemos de lo que es la vida de cada día son lo suficientemente duros como para no tener que recurrir a situaciones límite, como puede ser en caso de las frecuentes pandemias y/o guerras. Peste negra, cólera morbo, etc. Y de guerras el muestrario es amplísimo. Hay soldados lisiados, mutilados, etc., de todas las contiendas.

Por ejemplo, de la lucha contra los franceses (batalla de Cabezón, Medina de Rioseco, etc.) tenemos relatos bien expresivos: cadáveres numerosísimos, mutilados, huidos, destrucciones, etc., a gusto del morbo del lector.

Aparte del dolor físico, el psíquico (el miedo y la inseguridad) me parece que habría que incluir por derecho propio en este apartado. No sé cuál de los dos ostentaría la primacía.

Los placeres y satisfacciones se cuentan en menor medida. Es verdad que las fiestas y celebraciones son abundantes. Cualquier motivo es bueno para celebrar algo. Fiestas religiosas, profanas, visitas de personajes, etc., todo se celebra y con gran ruido. Es la compensación y catarsis por los sufrimientos y sobresaltos diarios.

Hay otra forma de acercarnos al tacto, a la piel (no olvidemos que es el órgano más grande del cuerpo humano). Desde la indumentaria primitiva a base de pieles y telas bastas hasta la actual lencería. En medio de un largo período de ásperos y pesados tejidos: lana, lino, algodón, poca seda y, más reciente, fibras artificiales.

Hacia fines del XVIII, Beristáin en el «Diario Pinciano» (1787) describe así los productos salidos de la antigua fábrica de lanas local: «En el siglo pasado (XVII) mantenía la Fábrica de lanas de Valladolid de seis a siete telares. Las ropas que

arrojaban eran manufacturas toscas: como estameñas, tirtañás, bayetas ordinarias, mantas y algunas marjas o jergas».

Sólo las clase nobles, y especialmente las damas de la alta aristocracia, importaban y usaban ropas mucho más agradables al tacto, así como más lujosas y bonitas, según el dictado de la moda.

Como ejemplo de coquetería y «pavorrealidez», veamos la entrada en Valladolid a comienzos del XVII nada menos que del cardenal-primado de las Españas (Bernardo de Sandoval Rojas):

«La comitiva con que entró fue muy grande y fastuosa, porque me aseguraron personas de su casa —escribe Pinheiro da Veiga— que traía 300 criados consigo, y un coche de carmesí con seis caballos, que sólo trae el rey, y dos cocheros, que sólo traen los grandes. La librea de pajes y lacayos fue muy vistosa, porque trajo veintiocho pajes vestidos de grana fina, color de los cardenales, capa ropilla y calzas, y con adornos en las mangas a la inglesa, y las capas abiertas a la francesa, y con rayas a la tudésca, y con muchas guarniciones de velludo carmesí para todas ellas, con lo que lucían mucho; medias de seda, zapatos blancos, gorras de velludo negro con plumas encarnadas, y espuelas doradas; seis lacayos vestidos de la misma manera, cuatro cocheros con vaqueros de velludo carmesí, doce caballeros vestidos de grana, 26 gentil-hombres de su casa, de negro con cadenas de oro, 18 capellanes con muy buenas mulas, 12 niños de capilla, con gorgorán, una carroza con cuatro caballos engualdrapados o salpicados de blanco y negro, con tirante leonado, los mejores de la corte, cuatro coches más y 18 caballos muy hermosos».

Claro que los criados-guardia del rey Felipe III, tienen una «librea» no menos vistosa y variada. Variada porque se distinguen claramente los borgoñones, guardia española, los alabarderos tudescos y la vieja guardia, etc.

Los borgoñones, por ejemplo, llevan: «las cuchillas de las calzas y barras de que venían vestidos, están guarnecidos de velludo encarnado y blanco, ajedrezadas, de figura y tamaño de dados, jubones de setí amarillo con dos franjas blancas y encarnadas, y lo mismo por las aberturas y mangas. Los forros de setí encarnado, gorras negras, trenzas, plumas amarillas y encarnadas, zapato y vainas de velludo, cabos dorados (...)».

Y así sucesivamente, la «guardia española», etc., con su propio uniforme. Auténticos pavo-reales. Y no digamos el cortejo de la reina.

Claro en el otro extremo —extremo muy común y generalizado— el común de los mortales, lo único que trataba de conseguir era resguardarse del frío y esconder las vergüenzas de miradas indiscretas.

Algo hay acerca de la historia del traje, pero falta bastante por conocer.

Hoy la moda, pura imposición psico-sociológica, nos ha uniformado e internacionalizado. La televisión, el cine y en general todos los medios visuales se encargan de ello. Y las grandes compañías de encauzarnos convenientemente, todos juntos, pero con variantes al menos, según el ritmo de las estaciones y la tríada diaria: mañana-tarde-noche. Uniformes que cambiamos cada instante para no quedar «desvestidos» socialmente. El factor psicológico ha desplazado al físico. Hoy preocupa más el desnudo psicológico (no ir a la moda) que el físico. Lo que no parece haber perdido puntos, aunque sí finalidad, son las pieles de ciertos animales. Aunque tam-

bién la moda, por definición inconstante, ha procurado en cada época poner en el punto de mira a animales diferentes; sin embargo, los de abundante y sedoso pelaje difícil lo han tenido en todo momento y siguen teniéndolo.

De otras vertientes táctiles y sensoriales se podría hablar, pero valga lo anterior como generalización.

En resumen, en esta pincelada de sinestesia cronológica, lo único que pretendo es más que ofrecer un estudio detallado de cada sentido y de la combinación (sinestesia) de todos ellos, tal y como vivencialmente los percibimos, señalar un nuevo camino metodológico si lo que realmente pretendemos es comprender al hombre histórico en toda su compleja totalidad. Cuando las «leyes» históricas conocidas o supuestamente demostradas no nos satisfacen todas nuestras ansias de saber es preciso adentrarse por otros caminos complementarios, bien entendido que sin dejar yermos los anteriores ni siquiera en barbecho.

Estos otros caminos, entiendo, pueden ser estas sendas dibujadas. Senda únicamente abocetada, esperemos que se convierta en amplia avenida de conocimiento histórico en un futuro próximo.